

20728

HISTORIA

por 1847

DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTERES ESPECIALES QUE PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MÁS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES, CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON LOS RECIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO, EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL, EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion de Nuestra Señora, en Barcelona.

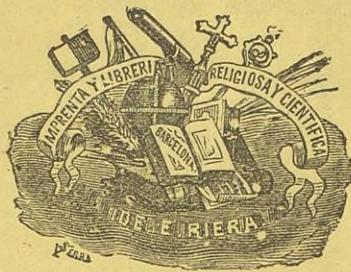
Cura propio de la parroquia de San Juan, en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PREVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO SEGUNDO.



BARCELONA:

IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA

DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

calle de Robador, núm. 24 y 26.

1878.

Cuaderno 86.

L47
1859

DE LAS RESECUCIONES

LIBRO DE...

...

...

...

...

...

...

...

...

...



...

...

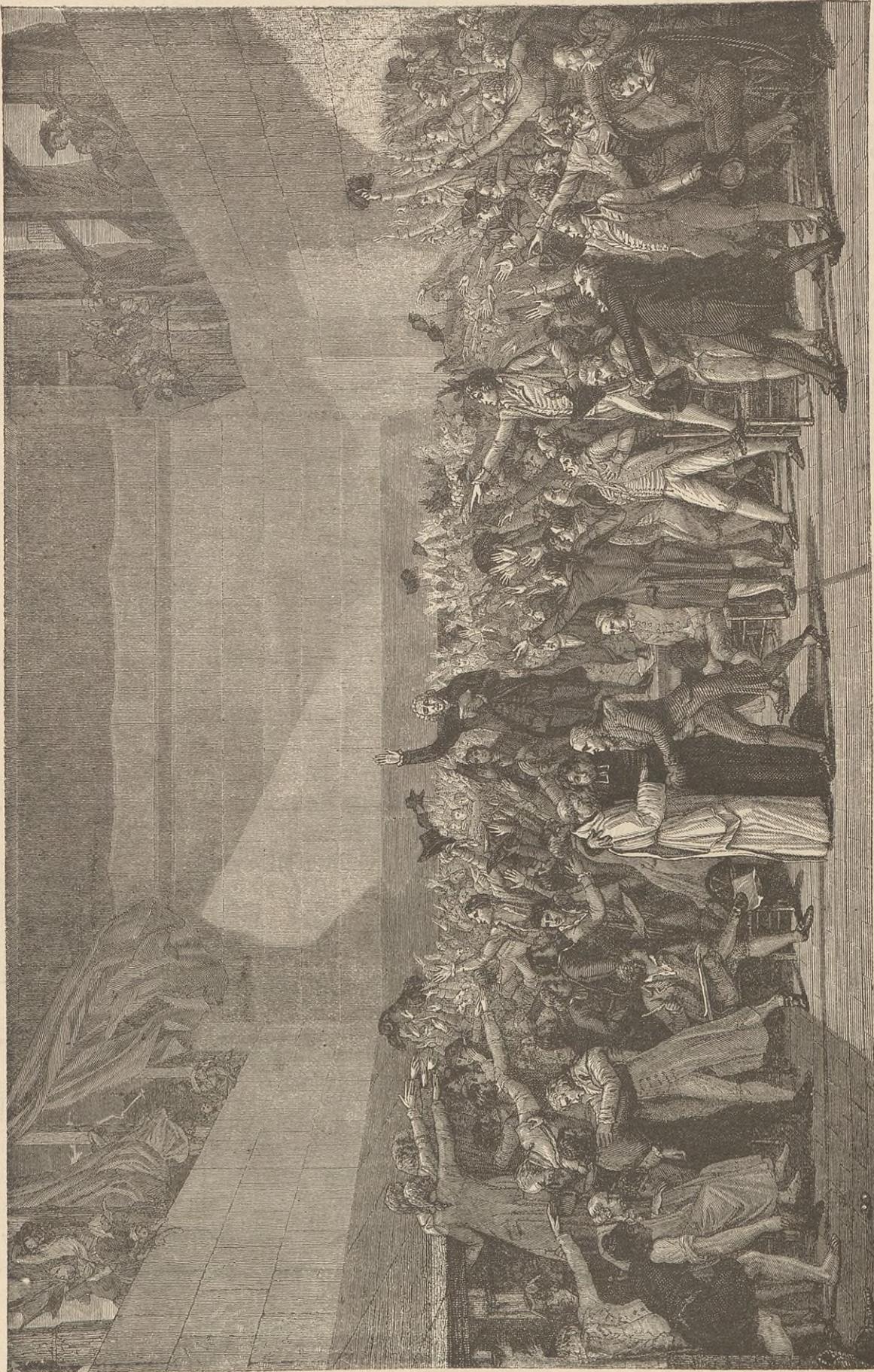
...

...

...

...

Ya en la Sede pontificia, conservó no sólo su nombre sino su manera de vivir; retuvo á su



JURAMENTO DEL JUEGO DE PELOTA.

antigua sirvienta como cuando era simple párroco.

Á su mayordomo le entregaba todos los días un ducado, diciéndole:

—Aquí tenéis esto para el gasto de mañana.

Se le observó que debía tener camareros á su servicio.

—Emplearemos lo que cuestan, contestó, en pagar las deudas de la Iglesia.

Se le dijo que como á rey de Roma le correspondían cien palafraneros. Hizo la señal de la cruz, y exclamó:

—Con cuatro tendré de sobras.

Dotado de excelente criterio, cuando era cardenal, calificaba las novedades luteranas, diciendo:

—Estas herejías son tan insípidas, valen tan poco, que no comprendo cómo puede caer en ellas, ni siquiera el que ha visto los rudimentos más triviales de la teología. Me sorprende que haya hombres que acojan errores tan absurdos.

Apénas llegado á Roma, luégo de dar las gracias á los cardenales por su eleccion, les recomendó con mucha insistencia que se abstuviesen en adelante de dar asilo en sus palacios á hombres perseguidos ó de malos antecedentes.

Trató de realizar reformas, invocando el concurso de varones tan eminentes como Juan Pedro Caraffa y Cayetano, que fué elevado despues á los altares.

Estos proyectos de reforma hubieron de hallar su resistencia en muchos personajes de la corte, y desconocido como era en Roma, no tardó el Papa en encontrarse aislado, sin apoyos de familia, y resuelto á no favorecer á nadie que le adulara.

Cuidó de que no se diesen las prebendas sino á los más dignos.

Una de sus máximas era:

—Los sacerdotes han de servir para adornar las iglesias; no las iglesias para adornar á los sacerdotes.

Anheloso de cortar las tristes perturbaciones que traían tan hondamente agitada á la Alemania, Adriano escribe á su antiguo discípulo Erasmo para invitarle á emplear su talento y su influjo personal en la pacificación de la Iglesia, hablándole, no como soberano, sino en nombre de su antigua amistad.

«Levantáos, levantáos, escribe á Erasmo, en defensa del Señor; y para glorificarle, servíos, como lo venís haciendo hasta ahora, de los grandes talentos de que Dios os ha dotado.»

Erasmo no dejaba de ver adonde conducía el luteranismo.

En un principio creyó que el estudio más meditado de la Biblia corregiría viejos errores.

Deseó una reforma y estuvo dispuesto á aplaudirla; pero lamentó que Lutero y los suyos, con el pretexto de reformar, no hicieran más que destruir. Si Lutero no hubiese hecho otra cosa que presentarse, levantada la frente, para corregir los defectos de su siglo, él hubiera sido el primero en aplaudirle. «Lutero ve, dice, que de sus escritos, en vez de un pueblo evangélico, sale un pueblo diabólico.»

Pero á Erasmo le faltó valor para combatir resueltamente resistencias criminales que él en sus principios había secundado.

Se le acusó con alguna razon de aparecer como luterano delante de los católicos, y de papista delante de los luteranos, de donde vino aquel pasquin en que se le aplicó el verso de Virgilio:

Terras inter cælumque volabat.

El mismo Lutero dijo que Erasmo no podía ser inspirado por el Espíritu Santo.

—¿Y por qué? se le preguntó.

—Porque el Espíritu Santo no es escéptico, contestó el Reformador.

Efectivamente hay en Erasmo cierta vacilación que no habla muy alto en favor de su fijeza de convicciones.

Podía haberse persuadido ya de las fatales consecuencias de la Reforma; pero al tener que luchar contra ella, carece de valor y se excusa.

—No va á lograrse nada, dice; este Lutero cuando empieza á sostener una tésis la lleva hasta los últimos extremos de la exageracion. Si se le corrige, en vez de moderarse se engolfa todavía más en su error, y entónces no aspira á otra cosa que á entregarse á mayores excesos.

Erasmo busca excusas fútiles en su edad, en sus enfermedades, en su imaginacion que se hiela en sus dedos, y acaba por decir que ya es tarde para enfrenar el error, y que esto se habría logrado á tenerse ántes en cuenta sus consejos.

El edicto de Worms, destinado á reprimir la herejía, quedaba convertido en letra muerta. Carlos V, que lo hubiera hecho cumplir, estaba demasiado léjos y le ocupaban por entónces otras empresas.

En vano el Papa escribe á los príncipes alemanes; sólo el duque Jorge de Sajonia se manifiesta dispuesto á cumplir con su deber. Envía á la dieta algunos de los libelos de Martin, diciendo:

«He notado en ellos los pasajes injuriosos para el Emperador; en cuanto á aquellos en que el monje ultraja á Enrique VIII y á Adriano VI, el tener que notarlos sería muy largo: basta decir que el libro está lleno de semejantes insultos.»

El consejo de regencia se limitó á contestar en tono bastante seco que había visto con desagrado las frases injuriosas del doctor Martin.

«Esto no lo dudo, insiste diciendo el Duque; pero es menester que se repriman.»

La demanda del Duque no fué atendida.

Lutero se presentaba cada día más envalentonado, y tuvo la osadía de escribir otro libelo en que insultaba al Duque con las palabras más groseras.

Jorge tomó el partido de preguntar al mismo Lutero si aquel libelo era escrito por él. Martin contesta con nuevas insolencias.

Escribe despues su manifiesto *de la Magistratura secular*.

«Estos príncipes, dice, no son más que polizontes que quieren pasar por cristianos. Si yo ataco al Papa á la cara, al Papa, que es el grande ídolo, ¿he de tener miedo de estas escamas?»

En este manifiesto el doctor divide la sociedad en dos campos; uno que pertenece al reino de Dios, otro al reino del mundo; el primero, congreso de fieles, Jerusalem de cristianos, para gobernarse no tiene necesidad ni de espadas, ni de magistratura, ni de ministerio político; allí la anarquía no es posible; todos los miembros son iguales; allí no hay más señor que JESUCRISTO, allí no se pueden dictar leyes ni establecer reglamentos sin el asentimiento de la voluntad comun.

«Ninguna alma cristiana, añade, debe ponerse al amparo de la ley civil, ni investirse del carácter de juez para administrar justicia. El que sostiene querellas contra los tribunales, el que se presenta á ellos para vindicar su honra ó defender sus bienes temporales, este es indigno de llevar el bello nombre de discípulo de CRISTO.

«Hé aquí que Dios entrega á los príncipes católicos á su réprobo sentido; su reino está acabado, van á descender á la tumba, envueltos en el odio del género humano, príncipes, obispos, sacerdotes, monjes, polizontes sobre polizontes. Desde que el mundo es mundo un príncipe sabio y prudente es *rara avis in terra*, y es cosa más rara todavía un príncipe honrado. ¿Qué son la mayor parte de los grandes? Unos locos, unos bribones, los mayores bribones que viven debajo del sol; y á estos electores, á estos verdugos, nosotros les llamamos clementísimos señores.

«Príncipes católicos, el brazo de Dios va á descargar sobre vuestras cabezas; la corrupcion os ahogará, y moriréis, aunque vuestra potencia sea más grande que la del mismo Gran Turco. Ya llegó vuestra recompensa; se os tiene por impostores y bribones; y se os juzgará por el papel que hacéis; el pueblo os conoce y el terrible castigo, que Dios llama *el desprecio*,

os sobrecogerá de todos lados; no podréis evitarlo. El pueblo cansado no sufrirá más vuestra tiranía é iniquidad. Dios no lo quiere; el mundo no es ya el mundo de otro tiempo, en que ibais á caza de hombres como á la de fieras.»

Por fortuna estas excitaciones las dirigía á pueblos del Norte, á caracteres fríos, que leían estos manifiestos, los aplaudían, pero hasta entónces no pasaban más adelante.

Sin embargo, todas las personas de algun criterio comprendían perfectamente que era indispensable obrar, y en noviembre de 1522 se reunió una nueva dieta en Nuremberg.

El Papa envió á la dieta en carácter de Nuncio á Francisco Cheregat, obispo de Teramo.

La mayoría de los magnates que en ella se reunieron, simpatizaban con las doctrinas de Lutero, que ya entónces, á más de anticatólicas eran anárquicas, pues no sólo tendían á destruir el órden religioso, sino tambien el órden político, temían no obstante la gran popularidad del monje apóstata; y aunque abundaban los católicos tibios, no dejaba de haber en ella luteranos, anabaptistas, sacramentarios, zwinglianos, melanctonianos, carlstadianos. Cualquiera medida salvadora de los católicos, esta minoría turbulenta estaba dispuesta á ahogarla entregando á los que la propusiesen al odio de las masas populares.

Por otra parte, Cheregat carecía de la poderosa y elocuente palabra de Aleandro, nuncio de Leon X en Worms; no valía lo bastante para traer las discusiones á buen sendero y comunicar valor á los tibios. Su palabra era vaga, fría, notábase en ella cierta timidez é indecision.

Hubo ocasion en que más que un representante del derecho constituido, parecía el juez que abandona su sitial para ir á sentarse en la banqueta de los acusados.

La sinceridad en confesar ciertos defectos, algunas veces hasta exagerándolos, puede revelar su ingenuidad; pero no dice mucho en favor de sus dotes de diplomático.

Hablando como representante de un pontífice vigilante, austero, que no quiere ocultar la gravedad del mal, porque está dispuesto á emplear toda su voluntad y toda su energía en remediarlo, dice:

«Sabemos que ha habido excesos, abusos en las cosas espirituales, que ejemplos deplorables han comprometido á veces el honor de la Sede Apostólica.»

El Nuncio prometió, en nombre de Adriano VI, «que para corresponder dignamente á sus inclinaciones y á sus deberes, se ocuparía con toda solicitud de los cambios que fuese conveniente introducir, á fin de que la enmienda y la salvacion se comunicaran de arriba á bajo.

Era una confesion franca y leal, acompañada de los más nobles propósitos, que debiera haber granjeado las simpatías de la asamblea en favor del Sumo Pontífice; eran frases aquellas que, si pudo aconsejarlas la humildad, no las hubiera aconsejado tal vez la prudencia humana.

Se tomó acta de las ingenuas declaraciones del representante pontificio, los partidarios de la Reforma las consideraron como un triunfo, como una confirmacion de las calumnias formuladas por Lutero contra la Sede Romana.

Los luteranos se vanagloriaban de haber impuesto silencio á Roma, y Lutero en Wittemberg trazó un parangon entre las frases de Cheregat en Nuremberg y las de Cayetano en Augsburgo, para deducir de allí que su causa iba ganando terreno.

La asamblea de Nuremberg al contestar al discurso del Nuncio, dijo que si el edicto de Worms no se había puesto en ejecucion, la culpa no había sido únicamente de la Alemania, la que tenía tambien sus quejas que formular, y felicitaba á Adriano VI por sus propósitos de Reforma.

En el modo de ver de la dieta el único medio de devolver la paz á la Alemania era la reunion de un Concilio, comprometiéndose entre tanto á imponer silencio á Lutero.

El Nuncio había terminado diciendo:

«No olvidéis que las Órdenes le deben á la Sede Apostólica el concurso de sus voluntades y que depende de vosotros el tomar las medidas más oportunas, á fin de que el corazon del

Padre comun de los fieles no se vea en adelante contristado por el triunfo de la herejía; recordad que la Iglesia ha hablado, y que vosotros, hijos dóciles, debéis obedecerla y velar en la ejecución de sus decretos. Paz á todo aquel que abjure sus errores.»

El archiduque Fernando, elector de Brandeburgo, pedía que se adoptaran medidas de rigor. Pero ante esta propuesta se levantó una viva oposición.

—¿No soy yo, por ventura, el representante del Emperador? exclamaba Fernando.

—Es verdad; pero conforme á lo que disponga la dieta y las Órdenes del imperio.

La dieta formuló los cargos que se hacían contra Roma; eran ciento, *centum gravamina*.

Más bien que quejas fundadas lo que se formuló allí fueron recriminaciones hechas con dureza, pidiéndose reparaciones que el Papa no haría jamás, porque para ello hubiera sido indispensable dañar su autoridad y la disciplina de la Iglesia.

Cheregat al leer los *centum gravamina*, se sintió hondamente impresionado y creyó que su deber, su dignidad, no le dejaba ya más recurso que retirarse de la asamblea.

Los *centum gravamina* se imprimieron y difundieron con prodigalidad en latin y en alemán. En algunas ediciones se añadían comentarios llenos de invectivas contra el pontificado.

Lutero se encargó de contestar al discurso del Nuncio.

Este había dicho, por ejemplo, en su exordio:—«Péricles mismo se sentía intimidado cada vez que tenía que hablar en público.»

Al márgen había una nota que decía:—«Prefacio impío que sabe á paganismo.»

Cheregat anunciaba que si la Hungría caía en poder de los turcos, toda la Alemania sería presa de los bárbaros. La nota marginal decía:—«Antes que los papistas primero los turcos.»

Adriano, aquel Papa tan humilde, tan bueno, aquel tipo del cristiano de la primitiva Iglesia, aquel varon de la paz, aquel Pastor dispuesto á dar la vida por sus ovejas, que «nunca pensó mal y del que el mundo no era digno,» segun la expresion de un doctor protestante, al ver que Cheregat volvía sin que su mision hubiese obtenido el menor resultado, sintió profundo dolor.

Desde aquel día el Papa empezó á presentarse triste, taciturno, anegado en la amargura. La inutilidad de aquella tentativa le había herido en lo más íntimo de su corazón y esta herida le produjo la muerte.

A su cortejo fúnebre asistieron todos los pobres de Roma, exclamando:

—¡Nuestro Padre ha muerto!

Los trabajadores, los de humilde posición, al ver su cadáver caían de rodillas y se deshacían en lágrimas.

Adriano era hombre de simpática fisonomía; aquel rostro blanco y sonrosado era la expresión de la ingenuidad de su hermosa alma.

Era alto de talla, trayendo algo inclinada la cabeza.

Espléndido únicamente con los pobres, su modestia, su sencillez, en lo que se refería á su persona, excitaba las burlas de los habitantes de su palacio.

Trató con marcada prevención á los artistas. Al enseñársele el magnífico grupo de mármol que representa la muerte de Laoconte, Adriano se limita á decir:

—Idolos gentílicos, y apartó los ojos ante aquella clásica desnudez.

A él, que trabajó en la fundación del colegio de las tres lenguas en Lovaina, que en España fué considerado como el protector de los hombres de talento, que hizo de las letras uno de los placeres más favoritos de su vida, que no podía sufrir un eclesiástico ignorante, fué tratado de bárbaro por aquel ejército de humanistas que él se resistió á retribuir y que le llenaron de burlas.

Un epigrama decía:

*Sextus Tarquinius, Sextus Nero, Sextus et iste:
Semper et a sextis diruta Roma fuit.*

Pasquino le representaba en la figura de un pedagogo con los azotes en la mano, corriendo tras de los magnates.

Desde mucho tiempo en Roma no había habido papas extranjeros. Adriano ni siquiera hablaba la lengua italiana.

—Es un alemán, exclamaban: ¡pobre Italia!

Los ricos, cuyo lujo, cuyas costumbres reprobó con su palabra, con sus medidas y con su ejemplo, al morir Adriano expresaron su indigna alegría con la inscripción que pusieron el día mismo de su muerte en las puertas de la casa del médico que le había asistido:

Liberatori Patriæ S. P. Q. R.

Los ménos preocupados contra él, los que no se dejaban arrastrar del todo por aquel fanatismo artístico que entónces dominaba, expresaron su concepto sobre el ilustre Papa con este epitafio:

Aquí descansa Adriano VI que nada sintió tanto como el tener que mandar.

Y este otro que era una frase que él pronunció poco ántes de morir:

Interesa mucho á un hombre, aún al más honrado, comprender bien la época en que vive.

XXIV.

El doctor de Wittemberg y el rey de Inglaterra.

Era demasiada gloria para Lutero el que una testa coronada, el que uno de los reyes más poderosos de su tiempo descendiese á combatirle.

Enrique VIII había estudiado con detención al gran genio de la Edad media, al astro de las escuelas, al serafín de los doctores, á santo Tomas. Las obras de santo Tomas, Enrique VIII las llevaba consigo en sus excursiones, y figuraban en primera línea y con magníficos relieves en su biblioteca.

No sólo lo estudiaba el Rey; Wolsey, Fisher, Moro, los más ilustres de sus cortesanos participaban de su afición en favor del gran maestro de la teología.

Al leer los libelos de Lutero, Enrique se irrita, y sin aperebirse del ruido que levantaban, no lejos de su isla Francisco I y el emperador de Alemania, se retira á Greenwich, pasa días enteros consultando á los Padres de la Iglesia latina, hace apuntes, copia citas y se pone á refutar el libro sobre *La cautividad de Babilonia*, donde el doctor suprime los sacramentos del Orden, de la Penitencia, de la Extrema-unción.

Como discípulo de santo Tomas, su tarea está bien deslindada: Lutero destruye; él debe reedificar.

El prefacio de su obra parece escrito en los mejores tiempos de la ciencia teológica.

No hay sólo ciencia; hay además en aquel prefacio sentimiento, ternura; Enrique tiene allí lágrimas para su Madre la Iglesia, á la que ve torpemente ultrajada.

El libro de Enrique VIII se titula: *Defensa de los siete Sacramentos*.

Al entrar en materia, Enrique dice:

«¿Se había cebado jamás una peste semejante en el rebaño de CRISTO? ¿Qué serpiente es esta que se alimenta de los Sagrados Libros para atacar los Sacramentos? Un mofador de nuestras antiguas tradiciones, que no tiene fe en las santas inteligencias, en los antiguos intérpretes de nuestros Libros Sagrados, sino en cuanto éstos abunden en su sentido, que compara la Santa Sede á la impura Babilonia, trata de tirano al Sumo Pontífice y hace de su augusto

nombre el sinónimo de Antecristo. ¡Alma de lodo que intenta resucitar herejías hundidas en la tumba desde hace siglos, que fabrica un mosaico de viejos y nuevos errores, que yacían vergonzosos en las tinieblas, y cifra su gloria en turbar con su palabra á la Iglesia!»

El rey teólogo pulveriza con la solidez de sus argumentos todos los sofismas del doctor sajón.

Hay á veces en la produccion de Enrique VIII rasgos magníficos de elocuencia.

«¡Que se atreva á negar que la comunidad cristiana toda entera saluda en Roma á su madre y su guía espiritual! Hasta en las extremidades del mundo, los cristianos separados de nosotros por el Océano, por la soledad del desierto, obedecen á la Sede Apostólica. Pues si este poder inmenso el Papa no lo posee ni por orden de Dios, ni por voluntad del hombre, si es una usurpacion, un robo, que Lutero nos enseñe el origen. La fuente de un poder tan grande es imposible que esté envuelta entre tinieblas. ¿Se pretende que la cuna de este poder no se remonta más allá de uno ó dos siglos? Pues bien; aquí está la historia; que se abran sus páginas.

«Y si este poder es tan antiguo que su principio se pierde en la noche de los tiempos, entonces Lutero debe saber que las leyes humanas establecen que toda posesion, de la que la memoria no puede designar el origen, es legítima, y que, conforme al unánime consentimiento de las naciones, está prohibido tocar á lo que el tiempo ha hecho inmutable.

«Se necesita bastante impudencia para afirmar que el Papa no ha fundado su derecho sino con el apoyo del despotismo. ¿Y por quién nos toma Lutero? ¿Tan estúpidos se figura que somos para creer que un pobre sacerdote logró fundar un poder tan grande como el suyo, y que sin mision, sin derecho de ninguna clase, haya podido someter tantas naciones á su cetro, que se hayan encontrado tantas poblaciones, tantas provincias, tantos reinos bastante pródigos de sus libertades para reconocer de esta manera á un extranjero, al cual no se debía ni fe, ni homenaje, ni obediencia?»

Enrique VIII, recordando luego su erudicion clásica, evoca una de las grandes figuras de Roma, Emilio Securo, para confundir á su adversario:

«Quirites, escribía aquel anciano á quien un hombre sin fe acusaba en presencia de Roma; Varo afirma, yo niego, ¿á quién creeréis? Y el pueblo aplaudió y el acusador fué confundido. Yo no quiero otro argumento en esta cuestion de las llaves. Lutero dice que las palabras de la institucion se refieren á los laicos; Agustin dice que no, ¿á quién creeréis? Lutero dice sí, Beda dice no; ¿á quién creeréis? Lutero dice sí, Ambrosio dice no; ¿á quién creeréis? Lutero dice sí, la Iglesia toda entera se levanta y dice no; ¿á quién creeréis?»

«Tenemos que no hay doctor, por antiguo que sea, que no hay santo tan elevado en beatitud, ni sabio tan versado en el conocimiento de las Escrituras, á quien este doctorzuelo, este santo de nuevo cuño, este erudito de relumbron no rechace con su soberbia autoridad. Ya que él desprecia á todo el mundo, ¿tendría razon de indignarse si se le volviera desprecio por desprecio?... ¿De qué ha de servir, por otra parte, una disputa con Lutero, que no es del parecer de nadie, que no se entiende á sí mismo, que afirma ahora lo que negó minutos ántes? Si os armáis de la fe para combatirle, os opondrá la razon; si os amparáis tras del escudo de la razon, se cobija en la fe. ¿Citáis los filósofos? él apela á la Escritura. ¿Invocáis los Libros Santos? pues entonces se envuelve en sus sofismas. Para él no hay leyes, no hay maestros, y desde la altura de su grandeza, se ríe de las grandes lumbreras, insulta la majestad de los pontífices, ultraja las tradiciones, el dogma, las costumbres, los cánones, la fe de la Iglesia que él no encuentra en ninguna parte, á no ser en ese cenáculo de dos ó tres novadores de quienes él se ha constituido en jefe.»

Antes de terminar el libro, Enrique se complacía en leer alguna de sus páginas á los humanistas que iban á visitarle en Greenwich, á quienes preguntaba su parecer.

Moro, que era uno de los consultados, un día le observó que, el lenguaje que usaba respecto al Papa, tal vez era demasiado absoluto.

—¿Ya lo habéis pensado bien? le decía Moro. Podría venir día en que el Papa, soberano temporal, estuviese en lucha con la Inglaterra, y en este pasaje exaltáis demasiado la autoridad de la Santa Sede, cosa de que Roma podría aprovecharse en caso de ruptura.

—No, no, responde Enrique con viveza; la expresion de que me valgo no es exagerada; nada iguala á la veneracion que la Santa Sede me inspira, y por mucho que haga nunca la expresaré en términos bastante enérgicos.

—Pero, señor, veo no recordáis ciertas disposiciones del estatuto *Premunire*.

—¿Y qué importa? ¿Mi corona no la debo á la Santa Sede?

Enrique da publicidad á su libro.

Jamas escritor alguno ha recibido tantos aplausos.

De España, de Francia, de Italia, de los Países Bajos, de Alemania, de todas partes le llegan las más entusiastas felicitaciones.

Se dijo que el libro no era escrito por el Rey, sino por el obispo de Rochester, Fisher, quien se apresuró á contestar:

—Esto es una calumnia; ¡que Enrique goce sólo del fruto de su valer y de su gloria!

El Rey, apénas hubo terminado el libro, llama á un calígrafo, lo hace copiar en pergamino, y encuadernado de una manera riquísima, manda á un agente suyo con dos ejemplares para que su embajador en Roma los presente al Papa en audiencia solemne.

Á Enrique se le concede por el Sumo Pontífice el título de *Defensor de la fe*.

No se limita á refutar á Lutero. Escribe á los príncipes alemanes, recomendándoles que repriman los errores de Lutero, haciéndoles ver que tras de la monarquía espiritual vendrían los príncipes seculares, que la rebelion saldría del templo para posesionarse de la plaza pública, y que ellos por su tolerancia serían responsables de los males que iban á caer sobre sus Estados.

Enrique empezó por dar el ejemplo. Ordenó que se fijara una orden suya en las puertas de las iglesias de todo el reino en que se disponía que todos los escritos de Lutero, ya fuesen en latin, ya en otra lengua, se presentasen á la autoridad eclesiástica.

El 12 de mayo de 1521, Wolsey se presentaba con gran pompa, y rodeado de numeroso cortejo en San Pablo de Lóndres, donde Pace, dean de aquella iglesia, le esperaba á la puerta presidiendo el cabildo. Despues que se hubo incensado á Wolsey, entró éste bajo palio sostenido por cuatro doctores, se adelantó hacia el altar, púsose de rodillas é hizo su oracion. Dirigióse despues á los claustros del templo, donde se sentó en un trono, ostentándose á su derecha y á su izquierda las dos cruces en su carácter de legado, teniendo ademas junto á él al embajador de Su Santidad, al arzobispo de Cantorbery, al embajador del Emperador y al obispo de Durham. Entónces Fisher sube á un púlpito, desde el que dominaba á toda la concurrencia, y al terminar un largo discurso fulmina anatema contra las doctrinas de Lutero y contra todo aquel que conserve uno solo de sus escritos. Al pronunciar la excomunion, levántase una hoguera, y ante el pueblo reunido, se coloca en ella *La cautividad de Babilonia*, las tesis y otros folletos del doctor, disolviéndose la ceremonia á los gritos de: ¡Viva el Papa! ¡Viva el Rey!

Enrique con su obra acababa de herir á Lutero en la más delicada de sus fibras, que era la del orgullo. Si hubiese Lutero tenido cárceles, verdugos ó ejércitos que emplear contra Enrique, no habría hallado el menor escrúpulo en emplearlo todo contra su contrincante. No tenía más que una pluma; la mojó en la hiel que ahogaba su pecho y contestó á Enrique con otro libro.

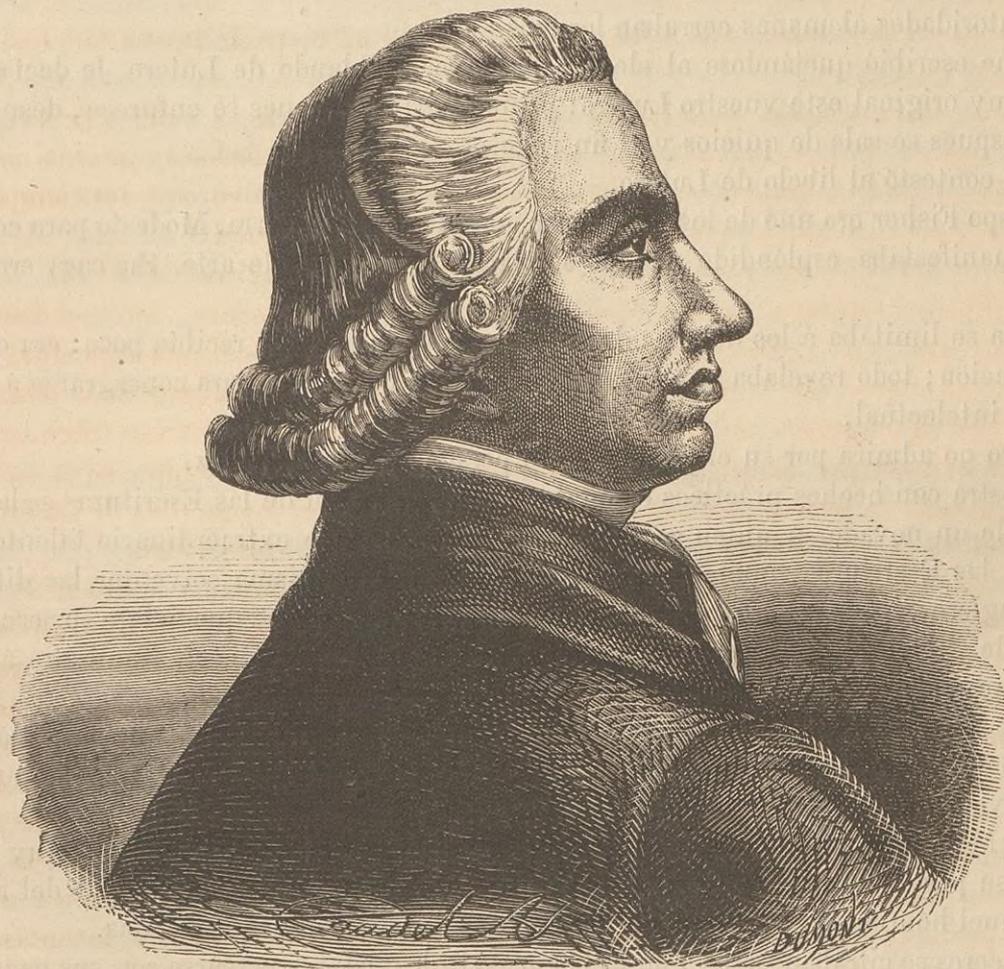
Lo empieza de esta manera:

«Martín Lutero, por la gracia de Dios, Eclesiastes de Wittemberg, á todos los que leerán este pequeño libro, gracia y paz en el CRISTO. Amen.

«Enrique, por la no gracia de Dios, rey de Inglaterra, ha escrito en latin una obra contra mí. Hay quien opina que el autor del folleto no es Enrique; ¿pero qué me importa que el folleto sea la obra del rey Heintz, del diablo ó del infierno? El que miente, sea quien sea, es siempre un embustero.

«¿Respetaré yo las blasfemias de un discípulo de ese monstruo de Tomas? Que defienda á su Iglesia, á su concubina vestida de púrpura, á su madre de libertinaje, de prostitucion, á mí me importa poco. Á esta Iglesia y al que se constituye en su caballero y vengador yo les haré una guerra sin cuartel, y Dios mediante, les derribaré en tierra heridos mortalmente. Mis dogmas subsistirán y el Papa caerá, á pesar de las puertas del infierno, de las potencias del aire, de la tierra y del mar. Me han provocado, pues guerra tendrán; rechazan la paz que yo les ofrecía; en adelante nada de treguas. Veremos quién se cansará, si el Papa ó Lutero.

«Enrique no publica su libro, como él dice, para vengar los Sacramentos; lo publica porque, no sabiendo echar en tierra su pus ó su veneno de su boca pútrida, lo arroja hacia el cielo.»



SIEYES

Cuando el doctor Emser le acusó á Lutero por sus variaciones, éste le contestó :

—Yo quiero cambiar, sí; quiero cambiar; ¿por qué? Porque me da la gana.

Á Enrique le responde con razones de valor muy parecido.

«Decir hoy blanco y mañana negro esto no es cantar la palinodia, de otra suerte ¿qué deberíamos decir de san Pablo, que no canta despues de su bautismo lo que cantaba cuando perseguía á la Iglesia? Si esto al Salomon ingles le maravilla, yo me maravillo de que, en vez de sus botas, no calce los zapatos que calzaba en la cuna, y en vez de beber vino no se alimente con la leche de su nodriza.

«He dicho que el Papa era el Nemrod de la Escritura; pues todavía le he hecho demasiado honor; al fin Nemrod es una potencia establecida por Dios á la que es menester honrar y bendecir, segun el precepto.

«Enrique se habrá dicho: Yo soy rey; yo escribo la verdad. ¡Ah, pequeñito mío! Ya te haré yo oír buenas verdades que no te agradarán mucho...

«...Si la vejez constituye derecho el diablo será en esta tierra la cosa más justa del mundo, porque tiene más de cinco mil años.

«El rey Enrique conoce el proverbio:—*Aut regem, aut fatuum nasci oportuit*. ¿Quién no ve el dedo de Dios en la ceguera, en la locura de este hombre? Su libro lo habrá escrito por penitencia, porque su conciencia le grita bastante alto que ha robado la corona de Inglaterra haciendo morir de muerte violenta al último retoño de la estirpe real.»

Esta serie de calumnias, de injurias, pudo publicarse libremente en Alemania.

Los hombres de criterio, los que simpatizaban con la Reforma reprobaron la forma y el fondo de aquel libro. Erasmo emitió su parecer diciendo que aquel escrito no era ya una grosería; era una demencia.

Las autoridades alemanas cerraban los ojos.

Enrique escribió quejándose al elector Federico. Hablando de Lutero, le decía: «Es un hombre muy original este vuestro Lutero: primero grita, despues se enfurece, despues se enciende, despues se sale de quicios y al fin ruge.»

Fisher contestó al libelo de Lutero.

El obispo Fisher era uno de los prelados más sabios de Inglaterra. Modesto para con su persona, se manifestaba espléndido cuando se trataba de objetos de arte. Su casa era todo un museo.

Su vida se limitaba á los deberes de su posición y al estudio; recibía poco; era conciso en la conversacion; todo revelaba en él el espíritu que se concentra para consagrarse á los goces de la vida intelectual.

Su libro no admira por su elegancia; pero persuade por su solidez.

Demuestra con hechos prácticos como en la interpretación de las Escrituras se ha equivocado más de un novador á quien caracterizaba por otra parte extraordinario talento; que la palabra de las Escrituras, muda como es, no puede por sí misma solventar las dificultades que ella sugiere, y que es indispensable la palabra viva de un juez que aclare sus oscuridades.

Defiende el criterio católico de la tradición que, como la luz del sol, alumbrará á las inteligencias creyentes hasta el fin del mundo. «La verdad es una, añade, y vosotros no tenéis la unidad. Para probar que vos, Lutero, no la tenéis, no os pido sino que aguardéis á mañana. Mañana surgirá en vuestra Iglesia, quizás al lado mismo de vuestra celda, un Lucifer que os convencerá de error y de mentira (1).»

Tomas Moro ejercía entonces el cargo de secretario particular de Enrique. Muy poco cuidadoso de su porte exterior, constituía una especie de contrasentido en la corte del rey de Inglaterra aquel hombre que se olvidaba de afeitarse durante una serie de días.

Sus placeres se cifraban para él en el hogar. Allí le gustaba recrearse con sus pequeños hijos, y cuidar además de pájaros y de multitud de animales domésticos. No permitía que se presentasen en su mesa los sabrosos platos del rico; la fortuna, la gloria eran cosas que para él no valían la pena de ocupar á un hombre.

¿Cómo llegó á la corte?

En Southampton había sido apresado un buque de los Estados Pontificios. El legado de la Santa Sede lo reclamó y Tomas Moro fué nombrado defensor. Lo hizo con tal lucimiento, que Enrique exclamó:

—Este hombre me conviene á mí.

Tomas Moro no pudo resistirse á las órdenes del Rey.

Moro trató de batir á Lutero con las armas que el doctor usaba. No estuvo en su lugar. La sátira, el insulto, no era género literario en que el ilustre orador pudiese brillar. A aquella frase le falta espontaneidad; hay allí mucha afectación, mucho arte. Para contestar á Lutero

(1) Fisher, *Opera*.

no convenía usar la cólera siempre fría de un hombre de Estado: Tomas Moro no conocía otra. Á Lutero las palabras insolentes le manan de su boca como la cerveza de su vaso; se necesita haber pasado muchas horas en aquellas botillerías de Wittemberg, haber hablado con aquellos hombres; Tomas Moro no estudió jamás en semejante escuela.

Á Lutero se le decía:

—Para contestar al Rey lo que se necesitan son injurias que caigan sobre él como copos de nieve.

Y el diccionario de las injurias Lutero lo poseía perfectamente.

Más adelante Lutero, necesitando que sus libros pudieran penetrar en Inglaterra, pide perdón á Enrique y dice que al contestarle anteriormente un mal genio le había cegado, añadiendo que no se atreve á levantar los ojos hacia su Real Majestad.

Enrique le contesta:

«Dices que te avergüenzas de tu libro; lo creo; te falta añadir de todos los libros que has publicado, que no son más que un tejido de groseros errores, de locas herejías, y en los que no hay ni lógica ni ciencia... ¿Qué importan los insultos de un sér como tú, que se mofa de la Iglesia toda entera, que destroza á nuestros Padres, que blásfema de nuestros santos, que ridiculiza á nuestros Apóstoles, que ultraja á la santa Madre de CRISTO, á Dios mismo, haciéndole autor de todos los crímenes? Dices que no te atreves á levantar los ojos hasta mi persona; yo extraño cómo te atreves á levantarlos al cielo y mirar á la cara á un hombre honrado.»

XXV.

Lutero toma la Biblia traducida en lengua vulgar como arma de combate contra la Iglesia.

Emser comparaba con razón el simbolismo reformado, por sus cambios continuos, á los dibujos que forma la espuma del mar sobre la arena de un muelle.

Lutero mismo, cansado ya de demoler, se avergonzaba de no poder presentar un cuerpo de doctrinas ordenado y uniforme; hasta entónces el protestantismo ni aún tenía el carácter de una secta; no pasaba de ser una apostasía.

Lutero va á establecer su base del dogmatismo religioso: la santa Escritura interpretada por el sentido individual.

Todo hombre es sacerdote, según él; pero ¿en dónde se encuentra la credencial de este sacerdocio, el título de este apostolado que Lutero supone como encarnado en el hombre? «En la Biblia, contesta él; allí está el título del sacerdocio universal, allí está el código que todo hombre debe tener á la mano para leerlo y comprenderlo; allí debe beber la verdad religiosa la inteligencia sana lo mismo que la inteligencia extraviada, el hombre de educación y de estudios lo mismo que el ignorante.»

Los reformados empiezan por decir: — Este argumento «creemos en la Escritura porque creemos en la Iglesia; creemos en la Iglesia porque creemos en la Escritura,» es un círculo vicioso.—¿Por ventura esto no se aplica también á las organizaciones que no tienen carácter religioso, á las políticas, por ejemplo? Se acepta la ley porque dimana del poder social; se acepta el poder social porque dimana de la ley.

Estudiando la cosa bajo su verdadero punto de vista, podemos decir que nosotros creemos en la Iglesia, no precisamente porque la Escritura lo dice, sino por la autoridad de JESUCRISTO. El que esta autoridad esté consignada en la Escritura es un accidente; la autoridad de CRISTO imponiéndonos la fe en la Iglesia pudiera estar consignada en la tradición.

La Iglesia cristiana se inauguró apoyándose en esta palabra hablada de CRISTO: — «Id y enseñad;» pues sabido es que CRISTO no empezó por entregar la Biblia á sus Apóstoles y decirles: — «Id, y llevad este libro.» En los primitivos tiempos de la Iglesia apostólica, cuando

áun la palabra de CRISTO no estaba consignada en los Evangelios, claro es que entónces la Iglesia no había de apoyarse en la Escritura, y no obstante ya era Iglesia; hé aquí, pues, como el argumento protestante cae por su base.

Los reformadores, descartándose de la autoridad de la Iglesia, establecen el sentido privado como supremo criterio. Tenemos, pues, en la interpretacion de las Escrituras un apoyo completamente falso; porque ¿quién nos asegura de que en la interpretacion individual no ha intervenido para algo la pasion, la preocupacion, ó la ignorancia? ¿En dónde tenemos la garantía de que nuestra interpretacion particular es la verdadera, de que en vez de apoyarnos en la autoridad divina no nos hemos apoyado en un pensamiento puramente personal?

Si la Escritura es infalible, en cambio el individuo que la interpreta es falible. Decir que la Escritura tiene todos los sentidos que puede aplicarle el hombre, equivale á decir que no tiene ninguno; si cada fiel puede interpretarla á su manera, deja de ser una luz para nuestras almas, ya que por sí sola no basta á alejar toda vacilacion en los espíritus y á conducir á todos á un acuerdo comun, constante, inquebrantable. Lo que de esta interpretacion individual ha de surgir necesariamente es la duda, la anarquía en el espíritu, la negacion religiosa en último resultado. Con la interpretacion individual la religion queda reducida á una mera opinion particular, que reviste el carácter propio de cada uno, que es sentimentalismo ciego en unos, exaltacion fanática en otros, abstraccion sofistica en muchos.

«Es menester que el depósito de la palabra divina tenga su custodio encargado de impedir que se mutile, que se altere, que se la dé un falso sentido: este custodio es el ministerio de enseñanza instituido por la enseñanza viva del mismo CRISTO, que prometió estar con su Iglesia hasta la consumacion de los siglos, y que dijo á su apostolado y con él á la Iglesia que lo viene representando en el decurso del tiempo:—«El que os escucha á vosotros me escucha á mí.» Esta autoridad de la Iglesia, no sólo debe conservar el depósito de la palabra de Dios, sino el sentido, el espíritu de esta palabra, espíritu que mantiene en su pureza é integridad por medio del concurso sobrenatural con que cuenta, sin cuyo concurso la fe degeneraría en creencia puramente subjetiva y humana. El hombre no inclina su inteligencia para creer, sino ante lo que está más alto que él; para que el pensamiento humano se someta es menester que esté sobre él el pensamiento divino, y esta garantía no la encontramos sino en una institucion divinamente establecida, única base en que el espíritu puede descansar en lo referente al orden religioso.

Prescindamos de la autoridad de la Iglesia y todo cae. El mismo edificio religioso que se pretende fundar sobre la Escritura carece de base, desde el momento en que la palabra divina es sometida al capricho del primer comentador, y el texto sagrado no constituye más que un tema en que se entretiene todo aquel á quien se le antoja dar un testimonio de su locura ó de sus miserias.

La palabra escrita, dice muy exactamente Platon, tiene, respecto á la hablada, la desventaja de que cuando se la combate está desarmada, porque no hay allí un padre para defenderla. Hé aquí de lo que tratan los protestantes: de dejar la Escritura sin defensa para irse descartando de su texto despues de haberse descartado de su autorizada interpretacion. Oigamos á los reformados y veremos qué queda de la Santa Escritura.

Uno dice:

—Es verosímil que la doctrina pura de JESUCRISTO no ha sido conservada intacta en el Nuevo Testamento.

Otro añade:

—El Evangelio de san Mateo no es ni de un apóstol ni de un testigo ocular (1).

Otro dice:

—El Evangelio de san Juan es la obra de algun filósofo de Alejandria.

Claudio se expresa así:

(1) Tischer.

—Las epístolas atribuidas á san Juan son de un judío desconocido.

Hay quien escribe:

—El Libro de Judit es una novela piadosa, y el Cantar de los Cantares un idilio pastoril.

Si del juicio protestante de los libros pasamos al de los textos en particular, oiremos las cosas más peregrinas y más absurdas.

El mismo Lutero, refiriéndose á la salutacion del Angel á María:—*Ave, Maria, gratia plena*; Dios te Salve, María, llena de Gracia, escribe:

«Infeliz traduccion:—¡Qué torpe de hombre ha sido el que ha hecho hablar así á un ángel! ¡Llena de gracia! ¡Como quien dijera un vaso lleno de cerveza ó una bolsa llena de dinero! Yo he traducido:—Yo te saludo, Santísima. Mi traduccion es la única buena; no quiero ser juzgado por ningun tonto de papista; el que repudie mi version que se vaya á todos los diablos (1).»

Es verdad que un año más tarde el propio Lutero, olvidándose de su extravagante version, traducía el texto lo mismo que los *tontos de papistas*:—«Yo te saludo, María, llena de gracia;» como si no se acordara entónces ni de la cerveza ni de la bolsa (2).

Un discípulo de Lutero, F. Agrícola, en la cátedra misma de Wittemberg, ocupándose del propio pasaje lo traducía ante los fieles, diciendo:

«Gabriel, bajo la forma de un adolescente, entra en la alcoba de la jóven, y entona un cántico de amor, un himno nupcial, como para obtener el favor de María:—Yo te saludo, hermosa jóven, dice: *ave, gratiosa* (3). La Vírgen se ofende de un saludo semejante, reflexiona, se turba, y no comprende nada de aquel mensaje. Siente su pudor alarmado, conmovida su castidad; aquel pudor que ella espera no perder jamas y que ve tan vivamente combatido; ella no sabe lo que va á suceder.»

Para dar á conocer cómo se respeta el texto bíblico podemos recordar otras exégesis protestantes por el mismo estilo:

«Los pastores, en los campos de Belen, al ser iluminados por la gloria del Señor, no vieron otra luz que la de una linterna que se les había puesto ante los ojos.

«Si JESUS conjuró la tempestad, es porque, tomando el timon con mano hábil, en vez de marchar hacia las olas, caminaba sobre la arena.

«Fueron saciados cinco mil hombres en el desierto; pero es que traían los bolsillos llenos de pan.

«Los muertos resucitados eran letárgicos; los presos libertados eran entusiastas, pobres gentes de imaginacion enferma.

«Al salir el Salvador de la tumba, es que no había muerto; á favor de la niebla se separó de sus discípulos, y éstos se hicieron la ilusion de que subía al cielo.

«A Pablo lo que le sucedió fué la caída de un rayo, que él tomó por una luz celestial.»

El doctor Thiess cuenta la friolera de ochenta y cinco comentarios distintos sobre la parábola del hombre infiel, y ciento cincuenta sobre el texto *Mediator autem unius non est; Deus autem unus est* (4).

Puede comprenderse, pues, á lo que viene á parar la Santa Eucaristia sometida al criterio individual, como única fuente de interpretacion.

Sentada como fundamento de la Reforma la interpretacion privada de la Santa Escritura, Lutero se dedicó á la traduccion de la Biblia en lengua vulgar.

«El Evangelio, dice el ilustre escritor Audin (5), necesita una lengua muerta. ¡Ay de

(1) *Op. Luth.*

(2) *Op. Luth.* parte II. Jena. Ed. de 1555, fol. 310 a.

(3) *Ingressus cubiculum puellæ Gabriel, adolescentis forma amatorium quiddam et nuptiale orditur, virginem, ut apparet, plecturus ad concubitum.*

(4) Mähler, *Symbolica*, nota de M. Lachat, t. II.

(5) *Hist. de Luth.*, t. II.

este libro, si llega al entendimiento bajo la forma de imágenes que pasan de moda como los vestidos, que cambian ó se alteran á cada transformacion de la humanidad y siguen todas las leyes del progreso material! Entónces la autoridad vela en vano sobre el destino de la palabra revelada, como sobre los preceptos que ella contiene, y esta palabra que Dios nos ha dado para nuestra salvacion, pasa á ser un signo sospechoso y sujeto á engaño. Con una lengua muerta no sometida á transformaciones, la palabra del Espíritu Santo es el arca santa flotando sobre las oleadas del tiempo que no pueden llegar hasta ella. Por esto el Catolicismo ha conservado el uso del latin en su liturgia. Toda lengua viva sigue la condicion humana del pueblo que la habla.»

Los reformados, pues, prescindiendo de los textos originales, anatematizando la Vulgata, entregan la Biblia, no sólo al capricho de cualquier comentador, sino á las transformaciones á que está sometido todo idioma vulgar.

¿Y cómo traduce Lutero la Biblia?

No hay duda que es la obra en que ha puesto mayor cuidado. Es tarea en que empleó muchos años; bajo el punto de vista literario la traduccion de Lutero es un trabajo de que pudo mostrarse orgulloso.

La imparcialidad que debe constituir el carácter de nuestra obra nos obliga á decir aquí que, segun el parecer de los críticos, la Biblia de Lutero tiene pasajes excelentes en que la sublime poesía del libro de Dios aparece con precioso encanto.

«El poeta, dice Audin, debe á menudo aplaudir esta version en que la musa biblica se ostenta lozana y melodiosa. Allí Lutero reproduce la frase original con un atractivo de sencillez que penetra en el corazon; y, cuando es menester, se reviste de pompa y de lirismo; ingenua en los relatos de los patriarcas, es entusiasta con el rey-profeta, popular con los evangelistas, dulce é íntima con las epístolas de san Pedro y san Pablo (1).»

Se concibe, pues, el aplauso que la traduccion de Lutero obtuvo en toda la Sajonia. Los literatos alemanes la calificaban de monumento literario; los discípulos del Reformador la tenían por un prodigio sobrenatural.

La Biblia de Lutero fué impresa con una riqueza de tipos desconocida hasta entónces.

En pocos años se imprimieron en Alemania cien mil ejemplares.

Miéntras se hacía cruda guerra á todas las imágenes, á todos los símbolos católicos, la Biblia apareció enriquecida de dibujos, de emblemas. Llegó á ser el libro de moda; se le encontraba en las mesas de todos los salones, hasta en el tocador de las señoras.

Pero si la Biblia de Lutero tenía bastante valor como trabajo literario, no hay duda que el Reformador en la traduccion de muchos pasajes anduvo poco escrupuloso.

El doctor Emser volvió á la palestra apénas se hubo impreso la Biblia; descubrió en el prefacio todo el veneno de luteranismo que allí Lutero procuró dejar oculto, y acusó al doctor de querer erigirse en Padre de la Iglesia, en autoridad infalible.

Emser, consumado helenista; Emser, que conocía y hablaba el hebreo como su lengua materna; Emser, que era en lingüística uno de los primeros sabios de su época, entra en el fondo de la célebre traduccion, y sin acritud, sin preocupacion de ninguna clase, examina el trabajo del Reformador.

Emser, resume su exacto y detenido análisis diciendo:

«Triste obra en que el texto es falsificado casi á cada página y donde se podrían contar más de mil alteraciones.»

Bucero, dice:

«Es una obra en que Lutero cae á cada paso que da (2).»

Y ya no son sólo alteraciones, son omisiones en que aparece con intencionada malicia el propósito de sancionar su sistema.

(1) Audin, *Hist. de Lut.* t. II.

(2) Bucero, *Dial. contra Melancht.*

El salmo CXVIII, versículo 112, dice:— *Inclinabit cor meum ad faciendas justificationes in æternum*; Lutero omite: *Propter retributionem*.

En la Epístola de san Juan omite el versículo 7, que dice:— *Tres sunt quis testimonium*, etc.

San Pablo, en su epístola á los Romanos, capítulo III, versículo 26, dice:— *Arbitramur hominem justificari per fidem*; Lutero añade: *Per solam fidem*.

En los Proverbios, capítulo XXXI, versículo 10, al texto: *Mulierem fortem qui inveniet*; Lutero escribe en el márgen:— *Nihil melius est in terra amore mulierum, si hæc sors obtingat alicui, ut eo possit frui*.

Hé aquí cómo corrompía, cómo alteraba, cómo omitía ó adicionaba los textos: la Biblia en manos de Lutero dejaba de ser la palabra de Dios, para convertirse en instrumento con que sancionaba los errores de la Reforma.

XXVI.

Roma saqueada por hordas de luteranos.

Después de la muerte de Adriano subió al trono pontificio Julio de Médicis con el nombre de Clemente VII.

Clemente era un humanista de mucha instrucción, gran conocedor del mundo, y dotado de habilidad diplomática. Había sido el brazo derecho de su primo Leon X.

Inauguró su pontificado poniendo en libertad y abriendo generosamente los brazos á Soderini, á pesar de su negra traición, lo que hizo que se dijera de él:

—Este Papa será en realidad *Clemente*.

Azarosas eran las circunstancias en que subió á la Sede Pontificia. Desde mucho tiempo la Italia veíase asolada por crudísima guerra, en la que dos príncipes, Carlos V y Francisco I, se disputaban la corona del mundo.

Clemente se había disgustado con el Emperador por oponerse éste á la introducción de unas bulas pontificias sin el *regim exequatior*, lo que dió lugar á que el Sumo Pontífice se inclinase al partido de la Francia, al que por otra parte veía más propicio á la independencia de Italia que gemía bajo el yugo extranjero.

Convertida la Europa en inmenso campo de Agramonte, debatiéndose en esta lucha la existencia de la Italia como nación, no es de extrañar que el hijo de los Médicis, como pontífice y como italiano, tuviera que intervenir en los asuntos políticos. Mas no por esto descuidó los intereses religiosos que se hallaban bajo su especial custodia.

Comenzó por combatir toda clase de abusos que pudieran suministrar algun pretexto á los enemigos de la religion para combatirla; se atuvo con grande escrupulosidad á lo preceptuado por los cánones, y fué amigo de los hombres de ciencia.

Creyendo que la alteración de la disciplina eclesiástica en algunos puntos podía contribuir á la propagación de la falsa doctrina que sustentaban los llamados reformadores, consagró especial cuidado á hacer que ésta se observare en todo su rigor.

Cuando creyó que la política de Carlos V podía ser favorable á la causa católica, no tuvo inconveniente en secundarla, mayormente comprendiendo que era indispensable el concurso del Emperador para atajar los progresos que el luteranismo venía haciendo en Alemania y que tenían tan hondamente contristado al Pastor de la Iglesia universal.

Carlos V sabía que si él era ántes político que religioso, el Sumo Pontífice era ántes religioso que político y debía subordinar los intereses de la política á otros más elevados, que son los de la religion; olvidó, pues, que Clemente había sido el aliado de Francisco I, y prometió cooperar á su proyecto de combatir la herejía en Alemania. Por otra parte Carlos tenía bas-

tante talento para comprender que en los Estados alemanes tras de la rebelion religiosa había de venir la rebelion política.

Las Órdenes se reunieron de nuevo en Nuremberg en 1524, á fin de ocuparse de la situacion de Alemania.

Para representarle en aquella dieta, Clemente nombró legado *à latere* al cardenal Campeggio, gran talento y gran carácter á la vez, teólogo tan profundo como orador excelente (1).

El luteranismo en Alemania iba presentándose cada día más provocador, la guerra no se limitaba á las doctrinas, extendiase á los símbolos; y despues de arrancar las imágenes de las iglesias y las cruces de los caminos, se proscribía el hábito del monje y la sotana del clérigo.

Despues de penetrar en Alemania, Campeggio, en su carácter de cardenal, quiso dar la bendicion; pero el pueblo se le echó á reir á las barbas, prorumpiendo en burlas las más insolentes (2).

Al llegar á la ciudad donde se reunía la dieta, los príncipes que salieron á recibirle le aconsejaron que se despojara de su traje cardenalicio, á fin de evitar las mofas del pueblo.

Campeggio, pues, tuvo que entrar en Nuremberg vestido de seglar.

El legado contaba mucho con el elector Federico, á quien esperaba poder persuadirle que se resolviera en favor de los intereses católicos; pero el príncipe creyó conveniente alejarse de Nuremberg.

En la dieta los prevenidos en favor de la secta luterana eran numerosos; los reformados podían contar con la gran mayoría de los diputados de las ciudades imperiales.

De parte del legado no había sino el archiduque Fernando, hermano y lugarteniente del Emperador, los duques de Baviera, el cardenal arzobispo de Salzburgo, el obispo de Trento y diez príncipes más entre seglares y eclesiásticos.

Los católicos se declararon en favor de la ley, que era aplicar lo acordado en la dieta de Worms; los que simpatizaban con la Reforma querían, al contrario, que se empezase por proclamar la libertad absoluta de conciencia.

Despues de largos debates, fueron votados los acuerdos en que se consignaba la reunion de una nueva asamblea en Spira, el día de la fiesta de San Martin, donde las Órdenes del imperio determinasen cuáles eran las enseñanzas de Lutero que podían admitirse y cuáles las que debían rechazarse, y que entre tanto el edicto de Worms quedara en suspenso.

Era un doble atentado contra el derecho religioso y la ley civil, ya que una asamblea seglar había de constituirse en tribunal de asuntos religiosos, y se permitía suspender lo preceptuado en Worms bajo la autoridad del Emperador.

El legado del Papa protestó solemnemente, y el representante del monarca declaró que llevaría sus quejas á Carlos V.

Éste, al saber lo que pasa, escribe irritado á los príncipes alemanes diciéndoles que no había más ley que el edicto de Worms, y que estaba dispuesto á castigar con severidad á todo aquel que no lo obedeciese.

Era una amenaza que los Electores dejaron pasar desapercibida.

Los luteranos, aprovechando aquella serie de debilidades, se presentaban más insolentes que nunca.

Nuremberg y Francfort cambiaban la forma del culto de una manera escandalosa.

En Magdeburgo los proletarios se reunían el 24 de junio de 1524, é iban á intimar al magistrado civil la órden de cerrar los conventos, de arrojar á los sacerdotes, de reconocer á los ministros luteranos enviados de Wittemberg y admitir en adelante la comunión bajo las dos especies.

Unos caballeros ofrecen seriamente á los habitantes de Nuremberg, si se les apoya, no dejar un obispo con cabeza á veinte millas de distancia.

(1) Schmid, *Hist. de los Alem.*

(2) Treditschii, *Relatio ex Archiv. de comitiis.*

LAS PRIMERAS BELLEZAS DEL MUNDO Ó SEA LA SANTA BIBLIA

(ANTIGUO Y NUEVO TESTAMENTO)

puesta en forma episódica y dialogada por D. Juan Justo Uguet. Ilustrada con 240 magníficos cuadros del eminente artista alemán Jules Schnorr de Carolsfeld.

Esta obra constará de tres tomos de regulares dimensiones en 4.º, adornados con 240 magníficos cuadros intercalados en el texto, del nunca bien reputado artista alemán JULES SCHNORR DE CAROLSFELD. Las entregas de esta obra contienen más de doble lectura que la mayor parte de las que se publican del mismo tamaño; pues á la par que ponemos su texto á dos columnas, los tipos que para ella hemos escogido tienen la ventaja de ser muy compactos, sin que por ello dejen de reunir la claridad y esbeltez apetecibles. La obra se reparte en cuadernos, conteniendo cada uno de ellos 4 entregas de 8 columnas, ó sean 32 columnas, que equivalen á mucho más de 32 páginas de las que se acostumbran dar en esta clase de obras. Precio medio real la entrega en toda España. Se reparte, con la exactitud que acostumbra hacerlo esta Casa, un cuaderno semanal.—Van publicados 11 cuadernos.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desde sus primitivos tiempos hasta nuestros días, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con más de 1000 bellísimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, producción, estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega.—A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta.—También se facilita ir adquiriéndola por suscripción, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

ILUSTRACION RELIGIOSA.—LAS MISIONES CATÓLICAS.

Boletín semanal de la Obra de la Propagación de la Fe, establecida en Lyon, Francia.

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.

ARMONIAS ENTRE GOZOS Y PESARES,

Ó ESCENAS TIERNAS DE LA VIDA DE SAN JOSÉ,

POR D. JOSÉ PALLÉS.

Dos abultados tomos en 4.º, á 57 rs. en pasta; ó 186 entregas á cuartillo de real cada una, dejando á la voluntad del suscriptor el tomar semanalmente las que guste.

LA PASION DEL REDENTOR.

Por José Pallés. Obra dedicada al Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Valencia.

Consta de dos tomos en 4.º, con 24 preciosas láminas y una *Vista de Jerusalem*, á 72 rs. en pasta; ó 242 entregas de 8 páginas, á cuartillo de real la entrega.

AÑO DE MARIA,

ó colección de noticias históricas, leyendas, ejemplos, meditaciones, exhortaciones y oraciones para honrar á la Virgen santísima en todos los días del año. Por José Pallés.—Obra dedicada á la cristiandad entera.

Seis tomos en 4.º ilustrados con 60 láminas de regalo, á 260 rs. en relieve; ó 110 cuadernos de 56 páginas, á 2 rs. el cuaderno.—Cada tomo comprende dos meses.